POR UNA COSA DE NADA
(El billarista)

Luis Alberto Marín*

"No me conviene que estés aquí, Vale". Doña Julieta Chaires clavó sus ojos verdes como dos garras cerrándose sobre sí mismas en el rostro anodino y desconcertado de su "yerno". "Y ésta qué se trae", pensó él, sin mover los labios, tragando saliva a saltos. Ney, desde la puerta de la cocina –agarrándose de la manija de paso como evitando caerse-, se quedó callada como siempre que hablaba la madre con ese tono de perra brava defendiendo a sus crías. Además, su avanzado embarazo -y los medicamentos que tomaba para la hipertensión-, la hacían sentirse en el limbo. No tenía para qué opinar porque no tenía ganas de opinar de nada, se decía. Ni darle la razón a nadie, tampoco. Lo que pasara entre ellos, entre su madre y Vale, no importaba. Según ella, era pura rutina. Al final del día, siempre estaba segura, todo volvería a su cauce. Ya en corto, estando arriba los dos solos en el cuarto, abrazados, la disculparía: "Oye, amor, de veras, no le hagas caso a mi madre, así es su forma de ser", del mismo modo que disculpaba la mala leche que le tenían los seis hermanos 'porque *él* no hacía lo correcto' y porque no se hacía cargo de Ney de una vez por todas. Especialmente "el Cabubi", el único hermano metido a político comemierda, que además era impetuoso, se daba la lija de ser la gran cosa y no tenía piedad contra quien le provocara una ofensa. "Qué fácil para ti decir: no le hagas caso a mi madre", decía él ya en la cama, fumando antes de dormirse –siempre con la ropa puesta, siempre a punto de irse-, quitándose los brazos de ella de encima, con la televisión enfrente inyectando sus ojos, subyugados por la grima. "Por eso mejor me voy todo el día al estanquillo de la esquina, para no oír sus rabietas por todo", se excusaba él por el tiempo que pasaba fuera, lejos de ella.

Por la forma inesperada en que habían ocurrido las cosas esa tarde-noche y el desplante algo fingido, de aire viejo, de doña Julieta, su "suegra", a Vale le pareció como una mala escena de telenovela refriteada: eran casi las siete, ya estaba oscureciendo, era el final de la primavera, y el breve monólogo de la señora Chaires tuvo lugar al pie de las escaleras, a punto de subir a sus aposentos en el piso de arriba. "Puta madre", escupió Vale su bilis en una maceta hechiza de la sala cuando hubo desaparecido la fiera de ojos verdes: "Dame mejor un pedazo de pan blanco" le pidió a Ney, y se limpió la boca con el hombro, "deberías sobre todo controlar a tu madre", le soltó a contrapelo y a sabiendas de que no debía incomodarla. Quién metía a la vieja en lo que no le importaba, se preguntaba, algo confundido, indeciso entre decirle, qué tal, de una vez por todas, dos o tres cosas desde allí abajo antes de que entrara a su recámara o que llegara el resto de la familia -y escupía de nuevo en la maceta la pegajosa miga de pan-, o regresarse él solo, sin Ney, carcomiéndose de ideas encontradas, a su antiguo departamentito de soltero de la colonia Roma. Verdad de Dios que no tenía necesidad de pasar por ésas. ¿Y todo por qué? Por una cosa de nada: porque a la vieja no le gustó que Ney, desde la puerta de la cocina le preguntara a Vale -que estaba en Babia en mitad de la sala, a unos pasos de la suegra-, si no quería tomar "un chocolatito". ¿Por qué le molestaba tanto? Las comisuras de los labios le ardían. Qué pedo con la vieja. "No me conviene que estés aquí", había dicho a bocajarro. ¿Y dónde quería que estuviera entonces si no era con *su* hija? Tal vez debiera irse, pensaba. Al buen entendedor pocas palabras. Llevarse a Ney a otro lado. Siempre y cuando ella quisiera regresarse, irse con él y dejar la casa de sus padres. Quizá él estaba en el lugar equivocado con la mujer equivocada, en el tiempo equivocado y el karma equivocado. Las casas de los suegros siempre son, por definición, lugares complicados, ásperos, problemáticos, verticales, donde la vida de una pareja nueva queda expuesta al escrutinio de los padres respectivos, de sus normas implícitas que no siempre son muy claras, donde la privacidad, si existe, si no se están metiendo a tu cuarto sin avisar a cada rato y con cualquier pretexto, es una atadura, un claros-

curo, una zona indefinida sólo porque el techo –nada más y nada menos que por eso-, no te pertenece. Donde todo es cierto y nada es cierto, se decía. Donde piensas lo que ves pero no dices lo que piensas. Y hacer de tripas corazón apenas te levantas, o te levantan; estar alerta apenas sales de tu cuarto, apenas rondas, inseguro, en el baño familiar como apabullado por el uso del espacio ajeno, íntimo, limpio, impecable, que alguien dejó como un espejo a primera hora, porque aún estaban frescas las sustancias refractarias, pero al parecer él estaba tan dormido que no escuchó el trajín en ningún momento. Y luego *eso*: la molestia inevitable de los olores personales, de los cambios de aspecto en el espejo, del cuidado y orden del moblaje, de las ventilas pequeñitas que apenas oreaban el aire reconcentrado. Y el dilema de quién, dónde y cuándo se iba a encargar de lavar la ropa sucia de ellos (Ney no le había dicho nada al respecto, y él no había visto que tuvieran chacha). De cómo son los hábitos del suegro y la suegra, de los hermanos tan disímiles, de la familia toda, que no es estar como en tu casa por más guarra que sea, pero es tu casa. Y luego el embarazo visto por ellos como un error, como algo inapropiado, como algo irresponsable y prematuro "¿qué él no sabía que ella está enferma del corazón, que el doctor le había dicho que embarazarse sin supervisión era un suicidio?". La vida de pareja como infracción constante. Y donde lo que uno quiere está fuera de lugar. Es como estar dando vueltas y vueltas sin llegar a ningún pinche lado con los suegros y los hermanos. Y también con la pareja. Pero a Ney nada de eso le importaba. "No les hagas caso, amor", era su frase de siempre. Estaba como postergada en sus reacciones. O como haciéndose la loca para no tener que tomar partido. Para no quedar en medio de algo que de todos modos no tenía remedio: estaba embarazada y punto. ¿No veía? Y ella constantemente se lo recordaba en corto: en el comedor, en la sala, en la cochera, en el cuarto viendo la tele o a punto de dormirse; y también a media noche, o en la mañana si hacía falta por si a él se le ocurría tener uno de sus arranques, o una de sus 'tormentas de adolescente', una tontería contra su familia o contra ella. No fuera a ser, se protegía. Como si el hecho de su gravidez tuviera poderes especiales, o fuera

su boleto de salida de cualquier situación crítica, o su pequeño cuento de hadas resguardado a miles de kilómetros de cualquier estupidez, de cualquier pendejada imprevista; de la andanada de gritos y putazos -como en las mejores familias-, en su propia casa, en caso de que todo se cayera a pedazos con ella, con los suegros y los hermanos.

La vida es una pinche cosa relativa, pensaba Vale mientras pisaba la palanca al piso del inodoro a primera hora de la madrugada, cuando el pitar del tren de las dos de la mañana lo despertaba. La vida es una rueda que da muchas vueltas y en cualquier momento todo cambia, se decía ilusoriamente, él lo sabía, mientras se lavaba las manos y miraba en el espejo al *loser* en que se estaba convirtiendo, o que tal vez ya era, ¿acaso había diferencia? Ya eran muchos años de estarla cajeteando. Ya estaba por cumplir los treinta. Puta madre. Si seguía así terminaría destazando pollos en una pollería... del suegro. En algún momento de 'su dimensión desconocida' o en alguna pesadilla a media noche, como si hubiera diferencia, Ney ya se lo había sugerido desde su intocable gravidez flemática: "El negocio de los pollos es algo seguro, amor. Ahí donde lo ves, papá se realizó con él. Sacó adelante a la familia. Y no tuvo que estudiar ni nada". Y Vale, tragando saliva, se abstenía de decir lo que pensaba. En realidad, su pensamiento estaba en otra parte: ya estaba cerca el Torneo Abierto Pool Bola 8 y hacía semanas que no pisaba una sala de billar -¿soñaba todavía con llevarse el primer premio?-. Hoy estás aquí como un puto perdedor y luego, en otro instante, por encima de los que te ninguneaban, riéndote de todos, hasta de la odiosa suegra, se apremiaba, se insistía, falsamente ansioso mientras se secaba las manos y esperaba un largo rato, haciendo tiempo a que los olores se disiparan. Y escupía en forma intermitente –en realidad tenía el tic de escupir constantemente-, en el bote de basura la resaca del cigarrillo, el sabor de cobre de la lengua, el mal sabor de la mañana que apenas empezaba. Era obvio que necesitaba un buen café cargado. Aunque fuera Nescafé, que era lo que había visto que tomaban en esa pinche casa, pero cargado. Se enjuagaba la boca y esperaba y esperaba. Afuera, no tan lejos, bajo la madrugada todavía sucia

y silenciosa -qué violentos animales-, estaban unos perros dándose en la madre. Eran unos perros de la Gertrudis Sánchez que venían a tirar mala sombra por estos rumbos de la Comonfort.

Vale agradecía interiormente que ninguno se hubiera levantado todavía, y que tampoco nadie tocara preguntando a bocajarro si estaba ocupado el baño. O si convenía, a costo y genio de la suegra, que todavía siguiera ahí. O, pensando en otro escenario más crítico, que los hermanos o el suegro les preguntaran con su natural "sentido práctico" -y los imaginaba a todos sentados a la mesa con su peto blanco, oliendo a vísceras y sudorosos de tanto trabajar-, si Ney y él pensaban dejar la pensión de la Roma y quedarse a vivir aquí por mucho tiempo o de forma permanente o qué, para que ellos fueran tomando sus providencias. ¿Providencias? ¿Qué providencias? Y se apanicaba. Y pensó en lo único que ellos podrían tener en mente: los pollos, el negocio de la familia. O sea, en el criadero grande que tenían en una galera avícola a media cuadra de ahí, una extensa granja que siempre necesitaba manos extras. Escupió de nuevo en el bote y sudaba de ansiedad -qué hormigueo por la espalda-, imaginando que todas las mañanas tendría que madrugar, tendría que levantarse sin excusas a destazar pollos, vestido con un delantal blanco y botas de hule y una mallita en la cabeza en una de las pollerías "La Providencia" del papá de Ney; y luego veía sus aspiraciones de billarista profesional –y el primer premio tan deseado-, hechos mierda en un cubo de basura de "La Providencia" bajo la mirada escrutadora, empresarial, de "ya ponte a trabajar en chinga, m'hijo", de su suegro. Mejor perro, se decía. Si quería librarse de todo eso tendría que darse en la madre como un perro. Pero con quién, cómo, dónde. Con qué perro. Pero en lugar de eso debía pensar mejor en cómo irse sin ser notado, sin dejar rastro y sin que pareciera que abandonaba a Ney, porque no estaba seguro si ella quería irse. Estaba la pobre tan apegada, tan íntimamente apegada a su familia que... y además si se la llevaba de regreso de qué iban a vivir, si hacía años que él andaba en la prángana. Correr sin parar como un perro asustado ahora era una opción... que tenía que considerar. Correr sin parar. No importaba si con la cola entre las patas o

desaforado o como fuera, pero irse ya, perderse de vista, alejarse a toda costa de ese promisorio futuro avícola madrugador. No sería la primera vez que corriera como un perro sin oportunidad de nada. Y pensó en los perros de la Gertrudis, pensó en ellos como si tuvieran amor propio. Como si supieran lo que era eso. Qué tal, pendejo, se recriminaba. Qué tal metida de pata con los Torejo Chaires. Que los hermanos no lo encontraran nunca por ningún lado antes que tener que vérselas con pollos muertos todas las mañanas de todos los días del año. Lo tendrían que sujetar si Ney los convencía de si podían quedarse. Y seguro los iba a convencer porque a ella, por ser la más chica, "la polla", la hermana consentida, no podían negarle nada. Hasta le habían consecuentado que se liara y se fuera a vivir a una pensión de medio pelo con un perdulario como él. Puta madre, se decía. Y escupía. Y pensaba en su destino: Ya había sido mandadero de su familia cuantos años, de su padre otro tanto, de la abuela Marianela sin quejarse nunca, y luego, aquí, recién llegado a la ciudad, de la tía Victoria, para variar, no más que por necesidad. Ya había sido, también -para pagarse los estudios de "asistente ejecutivo en mercadeo editorial" en una escuela patito, lo más decente que había estudiado-, mandadero de un laboratorio de prenupciales y luego de dos pinches despachos de contabilidad, y ahora esto. Quién le mandaba andarla cajeteando tanto.

"Después de una situación difícil tienes que enfrentar otra situación aún más difícil", le había dicho una vez, entre bromas y veras, ahora se acordaba, un cabrón sargento que lo traía entre ceja y ceja cuando hizo el servicio de la mili en la base de Santa Lucía, allá por Venta de Carpio. Y el sargento lo quería tanto que después, cuando todos los conscriptos de su clase se iban a sus casas, a él lo arrestaba dos horas porque sí, o por maricón, le decía, porque no traía el cabello según el corte reglamentario, o porque quería y porque podía. "Es por tu bien, güerito. Y para que tengas algo que contarle a tus nietos", y se reía. Era más difícil, pensaba ahora en la penumbra aséptica del baño, zafarse de Ney, de los Torejo Chaires que de los zapadores experimentados de Santa Lucía. Era más fácil cualquier cosa que huir, de buenas a

primeras, de la familia experta en el negocio de los pollos, entrenados en matar pollos en serie con una velocidad pasmosa. Meterse con “la polla”, con la chaparrita consentida era haberse metido no sólo con la suegra, sino con la familia toda, con la familia matapollos.

“Qué pedo, güey”, le había dicho el hermano más raspa y más ñero, al que le decían “el Zómoc”, o el Güero, como diez años mayor que él, un domingo ya entrada la noche en que se fumaba un cigarrillo él solito en la puerta de la cochera, cuando lo vio venir por atrás ebrio y con cara de pocos amigos: “si embarazaste a mi hermana, ahora te ocupas. Nadie se burla de nosotros, de los Torejo Chaires”. Y Vale quiso decirle algo como “no sé qué es lo que piensas, Güero”, o “no sé qué es lo que crees al decirme eso”, mientras a un lado del cigarrillo, o de la puerta cerrada, o cerca de su oreja, eso poco importaba, una voz queda, imprecisa, sobrepuesta y sin origen claro le decía: “la vida no precisamente te está sonriendo, güey”. Y el humo del cigarrillo salía vibrante, amargo, confuso en la apremiante intención, arrepentida de pronto, de hablar en defensa propia; casi se ahoga en la muda absorción de otra aspiración de tabaco, tragándose con ella cualquier argumento formulado en falso. “No te vayas a disculpar, güey, porque esto no tiene disculpa. Sólo hay que fajarse como hombrecito”, le dijo casi en voz alta sin darle tiempo a que hablara. Era evidente que estaba echando fuera el coraje después de tantos días o semanas, o tal vez desde que supo que andaba con su hermana. No podía negar que el hermano ñero de Ney lo intimidaba. No sólo era más alto y más fuerte. También tenía un cinturón de campeonato de box que se ganó, hacía veinte años, así, como “El Zómoc Chaires”, en los circuitos deportivos de la Delegación Gustavo A. Madero, y que adornaba la pared principal de la sala junto con varias fotografías en las que aparecía peleando o haciendo sombra. Tal vez era el perro con el que tenía que darse en la madre, pensó Vale en su confusa lógica arbitraria. Lo cual no le dejaba opciones, tomando en cuenta que ni por equivocación se había metido a un gimnasio en su vida, y cuando lo único que en realidad le importaba en la vida, lo único que sabía hacer -por las noches, hasta el amanecer, todas las noches y los amaneceres de

los últimos años-, era jugar billar a toda madre. En cambio el primate, hasta donde sabía, tenía un costal al que le daba tupido del diario para estar en forma.

Y de pronto lo vio acercarse más, con los ojos enrojecidos, y pensó que ahí, solos los dos, a la orilla de la cochera, en pleno domingo le iba a echar cacallaca, lo iba a amenazar con madreárselo, como hacen casi todos los hermanos, si se portaba mal con su hermana –instintivamente Vale miró, entre una pila de huacales de plástico, el tonel con agua junto a la barda, desde donde podría saltar fácilmente si las cosas se ponían rudas-; pero en lugar de eso lo empezó a sermonear, le empezó a hablar del trabajo, del futuro y la vida y lo importante que era tanto la enfermedad como la seguridad de Vianey para ellos, y de 'la lucha de todos los días' (en realidad empleó la frase 'partirse la madre todos los días') bajo la sagrada advocación de los pollos, de la santidad laboral que permeaba todos los días en la granja, porque según él, la de su padre no era una granja cualquiera: estaba más allá de los estándares de salubridad y de lo que exigiera el gobierno, no por nada su viejo se había sobado el lomo durante años, y tenía una capilla "chida y grandota, güey, con la virgencita de Guadalupe", donde rezaban, a iniciativa del suegro y presidida por él, todos los trabajadores antes de empezar las labores, antes de empezar a romper pescuezos y desplumar rabadillas, alas, muslos y pechugas. Y luego, otra vez, empecinado y ebrio como estaba, del valor del trabajo: "No sabes que tan alto hemos llegado, güey", decía. Y Vale no entendía si estaba orgulloso de ello o sólo era indolente, soberbio y engreído, y sentía que le llegaba, a quemarropa, su adelgazado tufo alcohólico. Pero el primate no supo describir bien a bien en qué consistía ese mentado 'cambio de altura' de que hablaba. Balbuceaba como podía, sin una ilación precisa, con su nariz chata y su mandíbula prognata –el arco cigomático izquierdo tenía una encarnadura vieja de la que estaba orgulloso-, tratando de explicarle a Vale, para que nomás supiera, para que valorara al menos, cómo vivían antes, cuando sus hermanos y él eran chicos "en las orillas más pinches de los llanos de la Caracol, sin ningún servicio, hacinados en un cuartucho los hombres y en otro las mujeres, y cuando la colonia y las callejue-

las sin trazo apenas tenían nombre y tenías que llegar caminando entre la terracería de tepetate porque no había transporte, guiándote sólo por las luces, a lo lejos, del Aeropuerto"; y de cuando salieron de ahí y llegaron después al baldío perdido -un resumidero de cascajo y escombros-, donde ahora estaba la granja, que al principio fue sólo un improvisado gallinero sin nombre, apenas de cartón y tablones viejos, cagado y polvoso, cayéndose siempre al menor ventarrón, y donde las gallinas apenas resistían el invierno o las tolvaneras o les daba alguna plaga porque no había con qué ojos, güey, para vacunarlas, y comparaba todo eso, "todo el pasado de antes", decía, casi con lágrimas en los ojos, con la casa de a de veras que su familia ostentaba ahora en Bosques Comonfort. "Qué pedo, güey. No te asustes", decía, empujándolo con el hombro, dejando atrás el pasado y secándose los ojos. "Si todo va bien con Vianey, en mí tienes un hermano. Y te lo repito en juicio, si quieres". Pero sabía que estaba siendo hipócrita. Que hablaba nomás al aire. Qué hermano ni qué la Virgen hablándole a solas. Y luego la inesperada consigna: "Ya que se van a quedar aquí, te vienes con nosotros a la granja. Vianey ya nos dijo que no tienes trabajo". El pánico lo invadió de nuevo. Otra vez Ney y su bocota. "No es bueno que alguien como tú", agregó con malicia, "mi futuro cuñado, se la pase todo el día en el estanquillo de la esquina echando la güeva". ¿Se lo llevarían con ellos mañana temprano a las tres a-eme? Entonces se dio cuenta que se estaba tardando en sus planes de huida. Que la seguía cajeteando. Si mañana lunes se lo llevaban estaría perdido el resto de su vida. Y no. No exageraba. Metafóricamente, sería como dejarse meter el dedo en el culo por una familia de matapollos. ¿No le había dicho ya Ney una noche, o tal vez varias, hablando siempre de eso, cuando estaba casi dormido y por eso apenas se acordaba, o creía que ella hablaba sola, que al principio en la granja estaría bajo la supervisión del Güero, o sea, del primate? Él era el capataz, el que gritaba fuerte, el que organizaba y supervisaba la granja, la cabeza y la mano izquierda y derecha del padre. El perro con el que no podría, después de todo, romperse la madre para escapar de su sino. [Esto no era como una liza en el billar, se decía, donde podía ganarle a cual-

quiera]. Y si lo permitía, desde mañana el Güero mandaría en su vida. Y entonces él y la suegra ojiverde y todos los hermanos menores lo tendrían agarrado del pescuezo como a uno de sus pinches pollos. Y aunque él sería como de la "familia" -Ney ya se lo había advertido, al parecer, una y otra vez, en medio su discontinua ensoñación casi enfermiza de jugarse un *pool* hasta la muerte-, lo emplearían a fondo, sin medias tintas, igual que los demás trabajadores: trabajaría a destajo, le descontarían "las faltas", los gastos de embarazo y atención médica de Ney, los alimentos de ambos, los panecillos o chucherías extras y hasta el café que se tomaran, y, por supuesto, la lavandería y limpieza del cuarto. Y no andaba muy errado si pensaba en que Ney, un día cualquiera, también lo agarraría de su mozo y no lo dejaría salir ni al estanquillo sin motivo justificado. Mejor perro, se repetía, sin mucha convicción, jugando entre los dedos el último ciga-rrillo que le quedaba en la cajetilla, dentro del bolsillo de la chamarra verde de pana. "No hay purrún, cuñado", le dijo el Güero, finalmente, con un espaldarazo, antes de subirse a su recámara, "nosotros te vamos a enseñar cómo sacar la casta por la familia". "Qué cosas", se dijo Vale, abrumado hasta la coronilla cuando el primate se fue: "La puta que lo parió no le conviene que yo esté aquí y éste ya hasta me dice cuñado". Luego le cayó el veinte: era evidente que lo vigilaba o lo mandaba vigilar, si no, ¿cómo sabía que se la pasaba todo el tiempo que tenía, en el estanquillo de la esquina? O tal vez lo sabía, otra vez, por la bocota de Ney. ¿Cuánto llevaba ahí de fijo, en la casa de ella, es decir, de sus padres, y ya se sentía sobrepasado? ¿Dos semanas? ¿Un mes? El muerto y el arrimado a los tres días apestan, y eso para él –y quizá hasta para ellos-, ya era mucho tiempo. [Extrañaba a la raza, extrañaba afinar puntería con los tacos, la aspereza de la tiza, atrincherarse tras el paño verde de las mesas, el sonido impecable del marfil, el ambiente humoso, turbio, de mala muerte, del billar de la Roma o de la Cuauhtémoc. Cada noche sin billar era tiempo perdido. Era perder destreza. Y dinero perdido también. Apenas le quedaba algo para cigarrillos y monedas para el transporte. Además, de cualquier modo, tenía que estar ahí para el Torneo de Pool].

Esa noche, o más bien, esa madrugada –los ojos enrojecidos y el susurro amenazante del Güero en su mente no lo dejaban dormir-, a las dos menos diez se sentó como un resorte, movió a Ney para asegurarse, para despertarla, para decirle -para mentirle- que iba al estanquillo por cigarrillos, que no se tardaba, pero ni siquiera se movió. Estaba lívida y rígida a pesar de la vánova de algodón que tenía encima. ¿Olvidó tomarse las pastillas de nuevo y por eso tenía los ojos y los labios cianóticos? Mejor, lo último que necesitaba era un testigo, pensó él sin darse tiempo a reflexionar o a moralizar sobre lo que hacía, debería o dejaba de hacer con ella. La vio por última vez desde el espejo del tocador: parecía un bulto sin vida a contraluz de la ventana, donde la lámpara del corredor perfilaba los suaves pliegues tornasolados de la cortina. Agarró su chamarra y se levantó, vestido como estaba. La escalera, el pasillo del fondo y el baño estaban vacíos y en silencio. En unos segundos pasaría el tren de las dos de la mañana. El olor a Pinol llegaba desde todas partes. Según la advertencia que Ney le había hecho el primer día, apenas llegaron y se instalaron en su cuarto, a las dos y media empezaban a sonar los despertadores, ya lo vería y se acostumbraría. El perro era siempre el primero en levantarse y recorría el pasillo golpeando las puertas de las habitaciones con sus protuberantes nudillos de fajador azuzando a los flojos. ¿Tocaría en la recámara de Ney? Sin duda, se decía Vale. Pero para cuando lo hiciera Ney ya estaría en coma o tal vez muerta, no podría decirle nada sobre su ausencia, y él ya se encontraría en otra parte, lejos de su dominio y su alcance. En cuanto saltó la barda de la cochera con ayuda del tonel de marras, sus pensamientos se despejaron. ¿El tren de las dos todavía no pitaba? Después de todo, la suegra tenía razón: no convenía que estuviera ahí. Era mejor pasarse las noches en el billar haciendo lo que sabía hacer mejor. De lejos vio a dos teporochos comprando una botella de alcohol bajo la luz inerte del foco del estanquillo que alumbraba el anuncio de: Servicio las 24 horas.

Así, mientras se dirigía al oeste por las vías -para escabullirse hasta las callejones que desembocan en la Avenida Central-, escuchaba de nuevo, como a media cuadra, a los perros de la Gertrudis Sánchez rompiéndose la madre, donde al final de la pelea uno de los animales, el más débil, por supuesto, saldría huyendo como él, sin oportunidad de nada y con la cola entre las patas.

---
*Lumagui